



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año I

10 de diciembre de 1887

Núm. 6



La queja de la niña

Ayuntamiento de Madrid

EL SECRETO DE ARLEQUIN

CUANDO las hojas se desprendían de los árboles arrebatadas por el viento helado que anunciaba la proximidad del invierno, y las golondrinas huían rápidas, unidas, formando flecha aguda y negra, á internarse en cálidos países buscando la vida en los ardientes rayos del sol que aquí iban enfriándose poco á poco; contrajeron, en la iglesia de su lugar, dichoso y tranquilo enlace Arlequín y Colombina.

Ella era pequeñita, pequeñita como una madrileña, y, como una madrileña, vivaracha.

Colombina vió un día á Arlequín, con su traje vistoso, heterogéneo, compuesto con retazos de colores alegres que realzaban la expresión de su rostro coloradote, y se enamoró del payaso, soñando al punto una felicidad sin término al lado del que había logrado conmover su corazón.



Un verdadero amigo

Arlequín, que desde hacía tiempo pensaba en Colombina, se declaró á ella algo ruboroso... Colombina se reía de la cara que ponía Arlequín al manifestarle su amor... Después se puso seria, muy seria, y acabó por decirle:

—Pero ¡tonto! ¡si yo también te quería!

Y los felices enamorados se casaron, á pesar de no tener sobre qué caerse muertos...

¡Pobrecillos! Primero trabajaron lo que pudieron; y un día comiendo, y otro ayunando contra su voluntad, fueron relativamente dichosos, porque el cariño que se

tenían hacíales más llevaderos los pesares de su situación tristísima.

Pero ¡ay, que las penas que debían afligirles con su pesadez amarga no habían cesado de agobiar sus corazones juveniles y sus almas puras!

Un día llegó en que Arlequín tuvo que abandonar su hogar para servir á quien nada le legara: á esa patria que cuando tuvo hambre no le dió pan, y cuando le pidió trabajo se lo negó.

Y Arlequín, cargado con su fusil y su mochila, abrazó á Colombina estrechándola fuertemente contra su pecho, le dió muchos besos derramando lágrimas, y le dijo adiós con tal acento de tristeza que parecía su despedida la postrera.

Después retrocedió algunos pasos y llorando se abrazaron de nuevo, y así se hubiesen estado todo el día si un cabo que se presentó ante ellos no hubiera arrancado al pobre Arlequín de los brazos de su desconsolada Colombina.

Ella se asomó á la ventana, y desde allí ambos se miraron á través de una nube de lágrimas.

Arlequín avanzaba por la calle, y á cada paso volvía la cabeza para ver á Colombina, que desde la ventana le decia adiós; pero una revuelta de la vía cortó la misteriosa comunicación de las dos almas, y Arlequín y Colombina dejaron de contemplarse, tal vez para siempre.

La pobre niña se puso triste, muy triste; palideció la rosa de sus mejillas para trocarse en azucena, y las lágrimas despojaron de brillo á sus ojos negros y grandes.

Pasó tiempo y Arlequín no volvía. Ella le esperaba como Penélope á Ulises, sin pensar más que en su Arlequín.

Un día recibió una carta en que le daban cuenta de la muerte de su esposo, acaecida en la guerra, donde se portara como un héroe.

Y Colombina se vistió de luto y se entristeció aún más.

Pero su amigo Pierrot prestábele toda clase de consuelos.

Pierrot era un buen muchacho, demasiado pálido quizá y demasiado triste; pero ¿no se avenían bien su tristeza y su palidez con la palidez y tristeza de la pobre Colombina?

A tanto llorar al muerto juntos, sus corazones simpatizaron: el de ella por agradecimiento al que compartía sus pesares; el de él por la amargura que le causaban las desdichas de Colombina.

Y trascurrido el año del luto, Pierrot vió que estaba enamorado de la infeliz viuda, y ella notó que su corazón latía más presuroso cuando estaba en presencia del pálido Pierrot.

Inútil sera decir que á poco tiempo se casaron.

Y esta unión fué bendecida por el Cielo, que les envió un ángel rubio como un rayo de sol.

¡Qué contentos estaban los esposos en presencia de aquel ser sonriente, que les contemplaba con mirada vaga y sorprendida!

Viendo á la pobre criatura, acudía á la mente aquella amarga frase que Byron estampó en su *Don Juan*: «Lástima grande que este niño llegue á ser hombre.»

El hijo de Colombina y de Pierrot dormía en la cuna, mientras sus padres habían salido.

De pronto la puerta se abrió impulsada por un hombre, y dió paso á Arlequín, á Arlequín, que entró con su fusil en la espalda y la sonrisa en los labios.

Pero, al tropezar sus ojos con la cuna, desapareció la alegría que antes manifestara al verse allí, en el nido de sus amores, y un gesto feroz se retrató en aquella cara beatífica, que revelaba un corazón de oro.

Cogió al niño, que al despertar empezó á desesperarse. Arlequín pensó ahogarle entre sus manos. Después cambió de parecer, y, colocándole otra vez en la cuna, le apuntó con el fusil.



Un verdadero amigo

—No, eso no,—dijo.—El ruido puede atraer gente, y me colgarán como á un racimo de uvas... Después... después... el pobrecito, ¿qué culpa tiene de que su madre haya sido infiel á sus juramentos?

Al decir esto cogió nuevamente la criatura, que había cesado en su llanto y que al ver al soldado le sonreía, y la sentó en una silla junto á la mesa. El tomó asiento enfrente, y comió un poco de pan y una tajada de carne que allí había, bebióse un vaso de vino y se lo dió á probar al chiquitín, que lo saboreaba sacando la lengua y chupando el labio superior.

Cuando hubo terminado, Arlequín besó al niño, le depositó en la cuna y se



Un verdadero amigo

dispuso á salir á tiempo que oía ruido en la escalera y por la calle entonaba una marcha la música del regimiento, que partía del pueblo.

—No,—exclamó amargamente el soldado;—no quiero que Colombina me vea y sea infeliz el resto de su vida.

Y, saltando por la ventana, bajó á la calle y se unió al batallón, que poco después continuaba su marcha hacia la próxima ciudad.

R. HERNÁNDEZ Y BERMÚDEZ



La ardilla robada

ASTROS

Su número, ya debéis saberlo, es incalculable: nadie ha logrado precisarlo.

El que contara una por una las gotas de agua que contiene el Océano, ó los granos de arena que cubren los desiertos, no podría formar idea aproximada del número de mundos que guardan en sí cada una de esas cinco mil

pequeñas manchas llamadas *nebulosas*. Su distancia del globo terráqueo es tal, que la luz, que en un segundo recorre 80,000 leguas, tarda en llegar á nosotros, desde su altura, cuatrocientos mil años; de suerte que si hoy se apagaran las nebulosas, focos de esta luz, los habitantes del globo continuarían viéndolas hasta dentro de cuatro mil siglos.

Mezclado con los astros luminosos, descubrimos ese lago diamantino llamado *Via láctea*, cinta de perlas que se cierne en el espacio y que podríamos comparar á gigantesco anillo formado en su interior por estrellas de sexta magnitud, y en su exterior por las últimas que nos son visibles.

Centenares de astros llamados *planetas*, uno de los cuales es nuestro globo, giran alrededor del Sol. No los citaremos todos, pero sí los principales: Mercurio, el astro cuya diáfana y limpia superficie no empaña sombra ni mancha alguna; Venus, la poética estrella matutina, de luz clara y

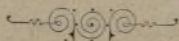


Los papeles invertidos

brillante, y en cuyo seno guarda mares y montañas; Marte, de luz rojiza, con sus polos cubiertos de nieve, y sus mares de hermosas transparencias, visibles al maravilloso lente del escrutador astrónomo; Ceres, Juno y Vesta, restos de un mundo que fué; Urano, desde cuya superficie el Sol aparece como una estrella esplendorosa; Saturno, el astro de los dos mágicos anillos que le transmiten la luz del Sol: luz que afluye á las ocho lunas que presiden sus noches; Júpiter, que tiene sus zonas paralelas al ecuador; y, finalmente, Neptuno, cuyos moradores, si los tiene, apenas si sospechan que existe un planeta llamado *Tierra*.

Démonos por felices, sin embargo: en el espacio donde gira infatigable el sistema de que formamos parte, el Sol baña de continuo con su tibia luz nuestro planeta, saturado por una atmósfera que es germen fecundo de vida y por la cual vemos flotar vaporosas nubes, semejantes á jirones de encajes, que ya se deshacen en gotas de cristal, ya en copos de nieve. ¡Tan grande como nos parece la Tierra, y, con todo, apenas si representa un grano de arena en el conjunto del Universo!

MARIBLANCA



EL GRANO DE TRIGO

COMBATIDO por una fuerte tempestad y en estado lamentable, arribó á las costas de una isla del mar Pacífico un buque inglés que había trasportado un cargamento de trigo á una de las colonias que posee en la India la soberbia Inglaterra. Aunque la civilización no había penetrado por completo en aquella isla, sus habitantes habían salido ya del estado completamente salvaje, gracias á los nobles esfuerzos de algunos de sus moradores que habían vivido largo tiempo en una colonia europea no muy distante de su país natal, y que, de regreso á su patria, habiendo dado á conocer á sus conciudadanos los progresos de la civilización, fueron comisionados para introducir en la isla los usos y costumbres de los pueblos civilizados. Entusiastas por la prosperidad de su patria, admitieron tan honrosa distinción, y en pocos años tras-



Los papeles invertidos

formaron por completo el carácter salvaje de sus compatriotas. En la época en que ancló el buque inglés en las costas de la isla, sus habitantes estaban ya preparados para penetrar de lleno en el camino de la civilización; y por esto la nave inglesa fué recibida por aquellos isleños con trasportes de alegría, y sus tripulantes fueron objeto de la más cariñosa hospitalidad.

No esperaban los ingleses tan cordial acogida de un pueblo considerado por ellos como completamente salvaje. Tantas atenciones les indujeron á detenerse en la isla el tiempo necesario para reparar las averías del buque, con ánimo de regresar directamente desde allí á su patria.

Durante su permanencia en aquellas aguas, agradecidos los ingleses del buen trato que recibieron de aquellos isleños semisalvajes, les permitieron visitar el buque, complaciéndose en acompañarles á todas sus dependencias, esmerándose en satisfacer su curiosidad, mostrándoles los objetos para ellos extraños, explicándoles minuciosamente sus usos y haciéndoles comprender las ventajas y comodidades que proporciona al hombre el estado civilizado. Así es que, cuando los ingleses abandonaron la isla, reparada ya la nave, la alegría de aquel pueblo trocóse en profunda tristeza, y vieron partir desde la playa á sus queridos huéspedes con los ojos arrasados en lágrimas. Desde en-

tonces el sentimiento de emulación obligó á los pobladores de la isla á marchar más rápidamente por el camino de los pueblos civilizados.

Mientras permaneció allí la nave inglesa, se distinguieron, entre los que con más frecuencia la visitaban, dos hombres de mediana edad, que mostraban un interés especial en adquirir datos sobre todo lo que se refiere á la civilización de los pueblos de Europa. Ambos habían habitado en la colonia antes citada, y ambos se habían distinguido especialmente en procurar á su patria todos los grados de civilización posible.

Paseando un día solos por el buque, distinguió el más joven, en una grieta del entrepuente, un grano de trigo, que se apresuró á recoger. Al contemplarlo con afán los dos compañeros, se extendieron en una serie de consideraciones sobre las propiedades alimenticias del trigo, sobre la confección del sabroso pan que ambos habían comido en la colonia europea, y sobre la conveniencia de aclimatar en la isla tan útil cereal.

—Es indudable que el trigo es una planta utilísima y que nos proporcionaría inmensos beneficios,—dijo el que había recogido el grano de trigo;—pero ¿de qué nos serviría un solo grano?—Y con aire desdeñoso lo tiró.

Su compañero, más cuerdo é ingenioso que él, se apresuró á recogerlo, lo guardó cuidadosamente, y al llegar á su cabaña lo sembró en un huerto que cultivaba con esmero, prodigando durante largo tiempo á la planta solícitos cuidados, hasta que llegó á su completa sazón. Unos treinta granos escasos constituirían la primera cosecha de trigo, porque no puede dar más de sí una sola espiga. No desmayó por esto aquel hombre rudo, ni se arredró ante la enormidad de su empresa, sino que, cuando le pareció ocasión propicia, sembró los granos recogidos y cuidadosamente guardados, y después de largo y esmerado cultivo la segunda cosecha le hizo concebir la lisonjera esperanza de que conseguiría su codiciado objeto, que no era otro que el de introducir el trigo en su patria, á fin de que sus conciudadanos pudiesen nutrirse con el pan que tan sabroso encontró cuando lo comía en la colonia. La tercera cosecha le produjo trigo suficiente, no sólo para poder sembrar él mismo un campo de regulares dimensiones, si que también para poder facilitar á algunos de sus compañeros centenares de granos.

La abundancia de las cosechas sucesivas no sólo permitió á los habitantes de aquella fértil isla del Pacífico alimentarse con el nutritivo pan, sino que además les sugirió la feliz idea de trasportar á las islas vecinas el trigo sobrante. De este modo se abrieron para aquel pueblo, poco antes salvaje, las puertas del comercio: así echaron aquellos pobres isleños los cimientos de su prosperidad y de su futura grandeza.

¡Un solo grano de trigo, traído allá al azar y fecundado por el trabajo, trasformó millares de indolentes salvajes en hombres civilizados y útiles á la sociedad, proporcionándoles todas las comodidades que la cultura lleva consigo!

El ingenioso isleño pudo legar á sus hijos un pingüe patrimonio, acumulado á costa de trabajo y de constancia, y tuvo además la gloria de haber introducido en su país un cultivo que fué para su patria fuente inagotable de riquezas, y para sus conciudadanos manantial fecundo de bienestar moral y material.

Sólo el que no se arredra ante la aridez del trabajo y ante la lentitud de sus resultados, llega á alcanzar sus pingües beneficios. El trabajo es manantial inagotable de riqueza; pero el fruto del trabajo se logrará solamente con el tiempo y la constancia.

PEDRO GARRIGA PUIG



Los conejos

✻ NUESTROS GRABADOS ✻

LA QUEJA DE LA NIÑA

Con mamá fui ayer á ver á una niña, pero no me divertí nada, porque no sabe jugar. No quería hacer bolas de barro para no mancharse las manos, ni tampoco trepar por la cerca por temor de rasgarse el vestido. Su mamá nos recomendó que fuéramos buenas y que no hiciéramos ruido, porque las niñas debían ser juiciosas y no jugar como los muchachos. No me dejaron coger flores que eran muy bonitas, y ni siquiera pude llevarme una. ¿Para qué crecen las flores, sino para nosotras? Algunas señoras creen que no se debe correr y jugar, pero yo no creo que una niña pueda estarse todo el día quieta en un rincón.

UN VERDADERO AMIGO

HISTORIA VERDADERA

León era un perro grande, y Minino un gatito. Este último se quedó una noche de invierno en el patio, y por la mañana encontráronle yerto de frío sobre la yerba húmeda. Pusiéronle en su camita y le dieron leche.



El gatito y sus amigos

León no era muy bueno para el gatito. Cuando éste se acercaba, siempre gruñía, aunque el pobre animal sólo deseaba jugar un poco.

Cuando Minino hubo crecido, el perro no le molestó ya, tal vez porque sabía que tenía agudas uñas en sus suaves patas: ni siquiera le miraba; y Minino, por su parte, no se acercó á su compañero.

Cierto día de verano, los dos estaban durmiendo, pero no juntos. León estaba á la puerta de la calle, y Minino á cierta distancia.

De repente penetró en el patio un perro de pelaje amarillo, y al ver al gato comenzó á ladrar. Minino arqueó el lomo y se encrespó; pero el intruso, sin atemorizarse, precipitose contra él y cogióle entre los dientes.

Muy apurado se vió el gato y creíase ya perdido. León no quería á Minino, pero era un perro honrado, al que no agradaban las injusticias. De un salto cayó sobre el intruso y sacudióle con toda su fuerza, hasta que le puso en fuga aullando lastimosamente. Hecho esto, volvió tranquilamente al sitio donde estaba, para entregarse otra vez al sueño.

Entretanto Minino se quejaba dolorosamente, mas en vez de ir á buscar á su ama fué á colocarse entre las patas de su compañero, que ya no gruñó: muy por el contrario, comenzó á lamerle el cuello y curó su herida. El gato comprendió que tenía en su compañía un protector, y quiso darle gracias de aquel modo.

Desde entonces León y Minino son los mejores amigos.

LA ARDILLA ROBADA

Cierto día de otoño, cuando las nueces comenzaban á desprenderse del árbol, una ardilla pensó que le convendría hacer cuanto antes su provisión para el invierno, á fin de no exponerse á dejar vacía su despensa. Con sus diminutas patas y sus agudos dientes, ocupóse afanosa en arrancar nueces, dejándolas caer en tierra una tras otra, hasta que tuvo un montón más grande que su propio cuerpo. — ¡Qué agujero tan profundo deberé abrir para guardar todo eso! — pensó. — Ahora ya tendré bastantes. — Pero, en el mismo instante, su vista perspicaz fijóse en otra nuez que pendía de una de las ramas más altas, y, con la rapidez que á estos animales caracteriza, trepó hasta allí para cogerla. Era una nuez ya vieja y endurecida; pero, á fuerza de tirar, la ardilla consiguió arrancarla y dejola caer. — Ahora sí que tengo bastantes, — se dijo. — Voy á esconderlas, corriendo, debajo de la hojarasca. — Y bajó presurosa

del árbol para hacer lo que pensaba; mas, con gran asombro suyo, cuando llegó á tierra, vió que todas las nueces habían desaparecido. Poseída de cólera, y rechinando los dientes, exclamó:—¡Si yo pudiese encontrar al ladrón, ya le enseñaría á no robar más nueces!—Un muchacho que estaba detrás del tronco del árbol soltó la carcajada al oír esto, y, enseñando á la ardilla el fruto, echó á correr.

LOS PAPELES INVERTIDOS

Ladrando ruidosamente, el perro Turco, alegre y juguetón, persigue á los estúpidos gansos, que huyen despavoridos; y entusiasmado con su fácil triunfo, acósalos por campos, praderas y colinas. Pero de repente uno de ellos, poseído de cólera y más atrevido que los demás, hace frente al perseguidor profiriendo un agudo grito, y á su vez le ataca con furia, obligándole á huir precipitadamente, sin que Turco se atreva á oponer resistencia á la turba alada.

LOS CONEJOS

Pedro recibió de su tío dos conejos blancos que tenían los ojos rojizos y eran más grandes que los del bosque. La primera cosa que hizo el chico fué ir á buscar un cajón, el cual colocó de lado, clavando dos listones de madera: ésta debía ser la casita de los conejos, y Pedro pensó que sería muy cómoda.

Mientras el chico se ocupaba en su trabajo, Luisa y Emilia quisieron jugar con los conejos. La primera cogió uno, y la segunda trató de imitarla; pero el animal dió un salto y escapó, y fué necesario que tres niños le persiguieran para cogerle. Poco después los dos quedaron encerrados.

Aunque Emilia creyese que la casita estaba bien hecha, los conejos no debieron pensarlo así: las niñas los alimentaban con lechuga y otros vegetales, pero los animales preferían correr por el patio y buscar su alimento.

Los conejos vivieron allí sin novedad unas dos semanas; mas cierto día, cuando Pedro fué á darles de comer, vió que ya no estaban, lo cual le causó profundo sentimiento.

Pedro había formado una especie de lecho, con heno y paja, en un ángulo del cajón, y los conejos no se hallaban allí tampoco; fué á buscarlos al jardín, y no los encontró; mas, al volver otra vez al cajón, hallólos comiendo salvado: no habían salido de su casita, y el chico comenzó á pensar dónde podrían haberse ocultado cuando los buscó antes.

Al volver de la escuela ya no vió á los conejos, y, después de asegurarse de que no estaban en su casita, echó un poco de salvado. Un momento después los vió salir, y muy admirado de aquel misterio fué á buscar á su madre para ver si le daba la explicación.

—No se escapan, contestó aquélla: buscan lo que necesitan para vivir con comodidad, y saben proporcionárselo mejor que tú. Dales de comer, déjalos solos y no te cuides de lo demás.

Pedro, sin embargo, deseaba saber dónde se ocultaban los conejos cuando no los veía. Su tío Juan le contó muchas cosas sobre estos animales, y, desde entonces, ni él ni sus hermanos molestaron ya á los conejos.

Al cabo de algunas semanas, en el instante de poner Pedro algunas hojas en el cajón, vió asomar detrás de la hembra cuatro conejitos que parecían ratones, y entonces se alegró mucho de haber dejado tranquilos á los grandes.

El tío Juan mostró á los chicos un agujero bastante grande en el fondo del cajón, y



El gatito y sus amigos



díjoles que los animales habían socavado la tierra para construir una vivienda tal como la necesitaban, y que allí habían criado á sus hijuelos hasta que se hallaron en estado de comer por sí solos.

Pocos meses después, la casa se llenó de conejos. Pedro vendió muchos, compró después gallinas con el dinero obtenido, y pudo vender también huevos y pollitos. Tal vez llegue á ser traficante algún día.

EL GATITO Y SUS AMIGOS

Elisa, Guillermo y Luis tienen un gatito, con el cual juegan todo el día. Unas veces le hacen saltar sobre un palo; otras ponen en movimiento uno de sus juguetes, que figura un



El gatito y sus amigos

ratón, para ver como le persigue; y la niña se complace á menudo en adornar al animalito con la ropa de su muñeca.

Antes de que el gato haya acabado de dormir, seguro es que alguno de los niños le cogerá, y Luis se divierte mucho cuando puede ponerle en su carrito para pasearle.

—¡Cómo atormentan á ese pobre animal!—dicen los padres con frecuencia; pero el gatito no parece pensarlo así, pues le gustan las criaturas, y, cuando deja de verlas algún tiempo, recorre toda la casa para buscarlas.

Sin embargo, por la noche le dejan fuera, porque mamá dice que no debe estar dentro de la casa; y esto no le gusta al gatito, porque el frío es riguroso.

Cierta noche, cuando supo donde dormían sus amigos, trepó á un árbol que se elevaba junto á la ventana de la habitación, y, como viese que ésta había quedado entreabierta por un descuido, saltó dentro y echóse sobre la ropa de uno de los niños. Al día siguiente la mamá le encontró, y tuvo cuidado de cerrar bien por la noche; pero el gato quería tanto á los niños, que se echó en el reborde de la ventana para estar más cerca de sus amigos, los cuales se apresuraron á dejarle entrar cuando le vieron por la mañana.

BERTA Y LA VACA

Berta era una preciosa niña de seis años, que vivía en una granja, en el campo. Todos los días iba al corral para ayudar á su hermano á repartir el trigo entre las gallinas; y también le agradaba dar el heno á los caballos cuando estaba cerca de su padre. Pero no se atrevía á acercarse mucho cuando se hallaba sola.

Cierto día Berta estaba en el huerto cogiendo manzanas, y poco más allá extendíase un campo donde las vacas pastaban en aquel momento. Una de ellas había apoyado su cabeza en un madero de la valla, cual si quisiera comer. Berta la vió, y ocurriósele que el animal, harto de comer yerba, desearía una manzana. La vaca, en efecto, tomó las que le dió la niña, y al parecer agradáronle mucho; pero, en su afán por comer alguna más, apoyóse con tal fuerza en la valla que la rompió.

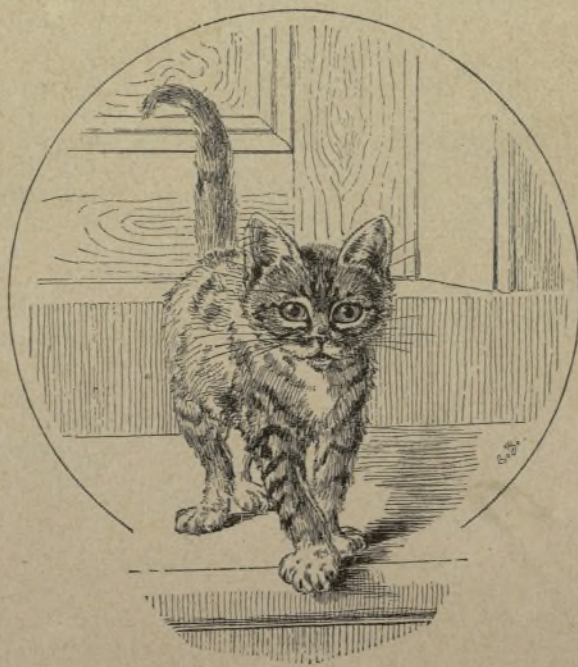
Al ver esto Berta, tuvo miedo y echó á correr; pero la vaca, que ya había tomado gusto á la fruta, quiso más, y viéndose libre fué en seguimiento de la niña. Esta última, al observar que era perseguida, corrió con todas sus fuerzas, pero la vaca hizo lo mismo, no con intención de hacer daño á Berta, sino para obtener lo que llevaba en el delantal.

Cansada de correr, y viéndose á punto de ser alcanzada, detúvose un instante y arrojó en tierra su delantal con las manzanas. La vaca se paró para comérselas, y, satisfecha al parecer, no siguió adelante.

Berta fué á buscar á su padre para referirle lo ocurrido. Éste obligó á la vaca á volver á su sitio, y compuso el vallado para evitar que el animal saliera otra vez y asustara á la niña.

LA RANA Y LA RATA

Una rana y una rata salieron á paseo cierto día, y, entablando amistoso diálogo, díjole la segunda á la primera:—¿Cómo es que á ti te mira todo el mundo con agrado, y á mí siempre con enojo ó con temor, y como si quisieran aniquilarme?—La razón es obvia, amiga, —contestó la rana:—yo vivo en el líquido elemento, entre el cieno ó el barro, y á nadie perjudico; mientras que tú robas las despensas y haces destrozos donde quiera que vivas. Aquí tienes la explicación.



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—Cubrios, os ruego, mi buen amigo, y no os pongáis tan cerca de estos caballos, porque no puedo responder de ellos. ¿Tenéis alguna pretensión que dirigirme?

—Espero desde hace muchas horas para hablaros, señor; pero si no tenéis tiempo volveré mañana por la mañana,—dijo Frankland.

—Bien, sí: volved mañana por la mañana, porque ahora no tengo un instante que perder,—dijo el joven Folingsby alargando un zurriagazo á los

caballos, á los que hizo correr como si la salvación de la patria dependiese de una velocidad de doce millas por hora.

Al día siguiente el viejo colono volvió, sin poder obtener audiencia: se le despidió para el otro día; y así seguidamente durante mucho tiempo. Escribía cartas y no obtenía contestación. En fin, habiendo dado media guinea de propina al ayuda de camara, consiguió hacerse admitir. El Sr. Folingsby estaba poniéndose las botas, y sus caballos le esperaban á la puerta. Frankland comprendió que tenía que ser breve en su discurso. Le fué menester, sin embargo, recordar el largo espacio de tiempo que había tenido el arrendamiento, las mejoras que había efectuado y el último desastre que había venido á caer sobre él. Las botas estaban ya á punto de quedar calzadas cuando llegó á la promesa de renovación y al requerimiento de tener que abandonar el sitio.



Berta y la vaca

—¿Una promesa de renovación?... No tengo noticia de eso... Un requerimiento... Esto es cosa de mi agente: habladle y os hará justicia. Me pesa mucho todo esto, Sr. Frankland; muchísimo me pesa, extremadamente... ¡Maldito sea el animal que hizo estas botas! Pero ya veis en qué embarazo me encuentro: no tengo un momento para mí. He venido al campo únicamente por algunos días: mañana parto para las carreras de Ascot. No tengo verdaderamente tiempo para ocuparme en nada. Pero habladle al Sr. Deal, mi apoderado. Os hará justicia: estoy seguro. Le abandono todos los asuntos... Jack: ¿está ensillado el caballo bayo?

—He hablado á vuestro apoderado, señor,—dijo el colono siguiendo al joven tarambana,—pero me ha respondido que promesas verbales, hechas sin testigos, eran como el aire; y no me queda otro recurso que vuestra justicia. Os aseguro, señor, que no he sido nunca mal arrendatario, y mi tierra está ahí para probarlo.

—Decidle eso al Sr. Deal: hacedle comprender vuestra posición. Le dejo el cuidado de esta especie de asuntos. No tengo realmente tiempo para ocuparme de ellos; pero estoy seguro de que el Sr. Deal os hará justicia.

Esto fué todo lo que pudo obtener del joven propietario. La confianza de éste en la lealtad de su *factotum* estaba bastante mal fundada. El Sr. Deal



Berta y la vaca

había recibido otra proposición para el arriendo de la finca cultivada por Frankland, y, con la proposición, un billete de banco, que le habló más alto que las súplicas del anciano. El agente le quitó, pues, el arrendamiento, y declaró que en interés de su amo no podía obrar de otra suerte, puesto que el nuevo arrendatario había prometido labrar una casa *de señores* en lugar de una habitación de colono.

El contrato quedó ultimado sin que el Sr. Folingsby se enterase de él más que para echar una firma, sin escuchar siquiera la lectura de las condiciones, y para recibir, á título de presente, media anualidad del arriendo.

(Se continuará)

Soluciones á los problemas y ejercicios del número anterior:

Tercio de sílaba: Tintero, Teresa, Rosalía. — Logogrifos numéricos: Serapio, Pasear, Sepia, Pipa, Ser, Si, P. — Cortes, Corsé, Cero, Ros, Re, T. — Charada: Tudela, Paco, Aurora, Aroma.



La rana y la rata

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- | | | | | | | |
|----------|-----------------|----------|--------------------|-------------|------------|--------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7=Nombre de varón. |
| 6 | 7 | 5 | 4 | 6 | 7=Pescado. | |
| 3 | 4 | 5 | 5 | 7=Vehículo. | | |
| 5 | 7 | 3 | 4=En las montañas. | | | |
| 7 | 5 | 7=Metal. | | | | |
| 6 | 7=Nota musical. | | | | | |
| 7=Vocal. | | | | | | |

INTRÍNGULIS

Buscar una palabra quitando de la cual una letra de sucesivamente los siguientes resultados: 1.º, una fiera; 2.º, un signo del Zodiaco; 3.º, artículo; 4.º, consonante.

OTRO

- | | | | | | | | | |
|---------------|-----------------|----------|----------------------------------|---------|--------------------|--------------------|----|--------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9=Nombre de varón. |
| 7 | 8 | 9 | 5 | 8 | 4 | 8 | 2= | Idem. |
| 1 | 8 | 2 | 9 | 6 | 5 | 8=Nombre de mujer. | | |
| 1 | 8 | 2 | 9 | 6 | 4=Nombre de varón. | | | |
| 9 | 3 | 2 | 3 | 6=Flor. | | | | |
| 9 | 6 | 9 | 8=Diminutivo de nombre de mujer. | | | | | |
| 4 | 6 | 9=Astro. | | | | | | |
| 4 | 3=Nota musical. | | | | | | | |
| 7=Consonante. | | | | | | | | |

J. GUAY

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodara, 10, 2.º, MADRID. — Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.

Ayuntamiento de Madrid